

# **Seicho Matsumoto**

## El expreso de Tokio

Traducción del japonés de Marina Bornas

Libros del Asteroide 

Primera edición, 2014  
Título original: *Ten to Sen*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

TEN TO SEN by MATSUMOTO Seicho  
Copyright © 1958 MATSUMOTO Yoichi  
All rights reserved.  
First Japanese edition published by Kobunsha Co., Ltd., 1958  
Republished in the COMPLETE WORKS of MATSUMOTO SEICHO vol.1  
by Bungeishunju Ltd., 1971.  
This Spanish language edition is published by arrangement with  
Bungeishunju Ltd., Tokyo in care of Tuttle-Mori Agency, Inc., Tokyo

© de la traducción, Marina Bornas, 2014  
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.  
Avió Plus Ultra, 23  
08017 Barcelona  
España  
[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-15625-54-4  
Depósito legal: B. 17.196-2014  
Impreso por Reinbook S.L.  
Impreso en España - Printed in Spain  
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*This book is partially funded by Grant of Books from Japan by Japanese Literature Publishing and Promotion Center.*

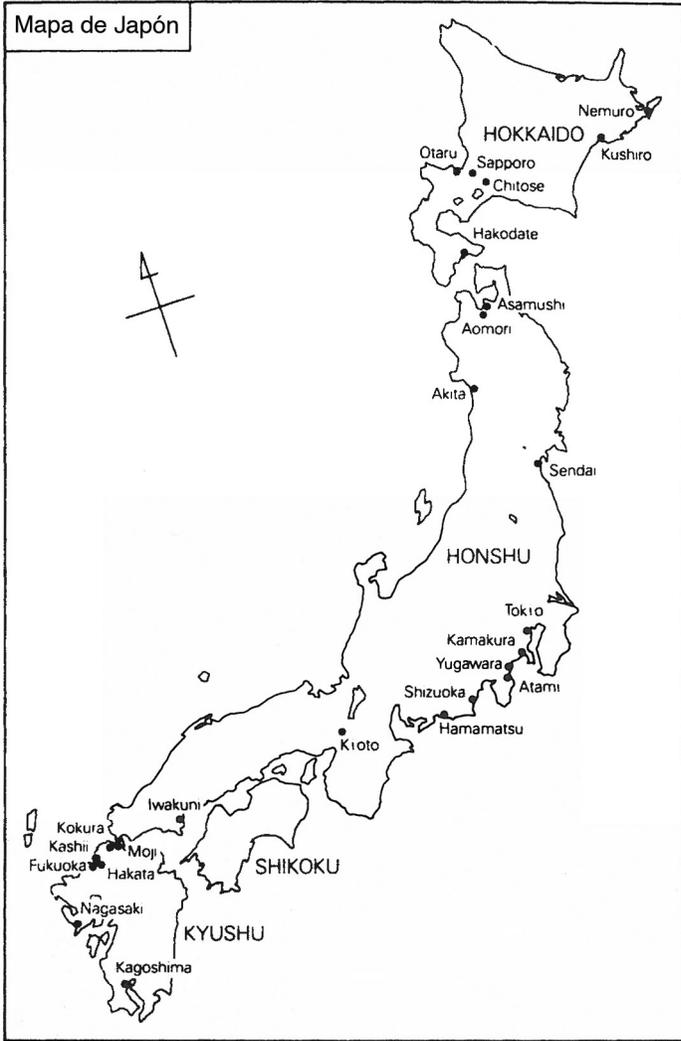
La editorial agradece la ayuda a la traducción de la Japan Foundation.

## Índice

1. Los testigos	11
2. Un doble suicidio	24
3. Las dos estaciones de Kashii	38
4. Los pasajeros de Tokio	54
5. Las primeras dudas	70
6. Un intervalo de cuatro minutos	83
7. ¿Casualidad o estratagema?	95
8. Hokkaido y Kyushu	103
9. Un paisaje de cifras	115
10. El testigo de Hokkaido	129
11. Un muro infranqueable	141
12. La carta de Jutarō Torigai	169
13. La explicación de Kiichi Mihara	189



Mapa de Japón





## 1. Los testigos

La noche del 13 de enero, Tatsuo Yasuda invitó a uno de sus clientes al restaurante Koyuki del distrito de Akasaka, en Tokio. Su invitado era un alto cargo ministerial.

Tatsuo Yasuda dirigía un negocio de piezas para maquinaria que había fundado hacía unos años. La empresa había crecido muchísimo los últimos años. Se decía que recibía ayudas del ministerio para muchas cosas, razón que explicaba que Yasuda invitara bastante a menudo a hombres de cierta importancia a cenar al Koyuki.

Yasuda era un cliente habitual. El restaurante no estaba situado en un barrio muy lujoso, pero precisamente por eso allí se disfrutaba de un ambiente más relajado y distendido. Además, el servicio era impecable.

Yasuda solía invitar a sus mejores clientes y, como cabe suponer, no reparaba en gastos. Él mismo decía que era su propio «capital». Sus clientes eran hombres influyentes, pero por más que conociera bien a todas las camareras, Yasuda jamás les revelaba la posición social de sus invitados.

En otoño del año anterior, en ese ministerio había estallado un escándalo de corrupción en el que decían que había varios proveedores implicados. La prensa destacaba que por el momento solo afectaba a los cargos inferiores, pero que en primavera empezaría a salpicar las altas esferas.

En vista de las circunstancias, Yasuda se había vuelto aún más cauteloso con sus clientes. Siempre solía aparecer con los mismos invitados. Las camareras los llamaban «señor Ko» o «señor Uo», pronunciando así la primera sílaba de sus apellidos, pero desconocían por completo la identidad de los comensales. Solo sabían que la mayoría de los clientes de Yasuda eran altos funcionarios del gobierno, pero tampoco les importaba quiénes fueran, puesto que era Yasuda quien pagaba la cuenta, razón por la que el personal del Koyuki se esforzaba en prestarle el mejor servicio.

Tatsuo Yasuda era un hombre de unos cuarenta años. Tenía la frente ancha y la nariz perfilada. Su tono de piel era más bien oscuro y tenía la mirada bondadosa y las cejas pobladas pero bien definidas. Era todo un hombre de negocios y su carácter era franco y abierto. Era muy popular entre las camareras del Koyuki. Aun así, nunca intentaba aprovecharse de ellas y las trataba a todas con la misma amabilidad.

El destino quiso que la encargada de su mesa fuera una chica llamada Toki, por haber sido la primera en servirle. Yasuda la trataba con familiaridad, pero nada parecía indicar que aquella relación de confianza se prolongara más allá del restaurante.

Toki tenía veintiséis años, pero su blanca piel y su gran belleza la hacían parecer cuatro o cinco años más

joven. Sus grandes ojos de negras pupilas cautivaban a todos los comensales. Cuando alguno le dirigía la palabra, ella volvía los ojos hacia arriba con la cabeza gacha y le dedicaba una preciosa sonrisa. Era consciente del efecto que sus ademanes provocaban en los clientes. Tenía el rostro perfectamente ovalado y la poca distancia entre sus labios y su mentón conformaba un perfil muy atractivo.

Algunos de sus clientes tenían la tentación de seducirla. Las camareras del Koyuki iban y venían del restaurante todos los días. Llegaban sobre las cuatro de la tarde y salían pasadas las once de la noche. A veces, algunos hombres se citaban con ellas bajo el puente de la estación de Shimbashi a la salida del trabajo. Al tratarse de sus clientes, las muchachas no podían rechazarlos sin contemplaciones, de modo que aceptaban la cita y les daban plantón hasta tres o cuatro veces, esperando así disuadirlos.

—No ha entendido nada, está furioso. El otro día, entré en el reservado para servirle y me dio un pellizco que casi me hace gritar.

Toki, sin levantarse, se subió la falda del kimono hasta la rodilla y dejó la pierna al descubierto. Una magulladura azulada destacaba encima de su blanca piel.

—¡Qué boba eres! Eso te pasa por dejar que se hagan demasiadas ilusiones —bromeó Tatsuo Yasuda, que estaba tomando una copa de sake con las chicas; hasta ese punto llegaba su confianza con las camareras del Koyuki.

—Usted, señor Ya, nunca ha intentado nada con nosotras —observó Yaeko, una de las chicas.

—No me serviría de nada. Me daríais calabazas.

—Usted dirá lo que quiera, pero yo sé que le gustaría intentarlo —bromeó Kaneko.

—¡No digas tonterías!

—Ya basta, Kaneko —intervino Toki—. Todas estamos enamoradas de usted, señor Ya, pero usted no parece interesado en nosotras. Kaneko, será mejor que no sigas por ahí.

—Qué lástima... —se lamentó la chica con una sonrisa.

De hecho, como decía Toki, casi todas las chicas del Koyuki sentían cierta debilidad por Yasuda. Si él hubiera hecho algún gesto de aproximación, ellas se habrían dejado seducir. Lo cierto es que el empresario tenía un aspecto y un carácter que le daban un encanto irresistible a los ojos de las mujeres.

Por eso aquella noche, cuando Yasuda acompañó hasta la puerta a su cliente después de cenar y regresó a su mesa en el reservado para tomar una copa con las chicas, Yaeko y Tomiko aceptaron entusiasmadas, sin vacilar ni un instante, cuando él les propuso:

—¿Qué os parece si os invito a almorzar mañana?

—¡Un segundo! Toki no está —dijo Tomiko, mirando a su alrededor—. A ella también querrá invitarla, ¿verdad?

En ese momento, Toki debía de estar ocupada con otras tareas.

—No importa, puedo ir con vosotras dos. Toki ya vendrá otro día, tampoco puedo llevarme a todo el personal.

Yasuda tenía razón. Las chicas tenían que entrar a trabajar a las cuatro. Si salían a comer fuera, llegarían tarde y el restaurante no podía permitirse que tres de sus camareras se retrasaran.

—Pues quedamos mañana a las tres y media en el Levante de Yurakucho —dijo Yasuda, sonriendo.

Cuando Tomiko entró en el Levante a las tres y media del día siguiente, Yasuda estaba tomando café en la mesa del fondo.

—Hola —la saludó, indicándole que se sentara en la silla de enfrente. A ella le resultaba un poco incómodo reunirse con un cliente en un ambiente distinto al del restaurante. Sin saber por qué, se sonrojó mientras tomaba asiento.

—¿Yaeko no ha llegado todavía?

—No creo que tarde.

Sin dejar de sonreír, Yasuda pidió otro café. Al cabo de cinco minutos, llegó Yaeko, que también parecía algo cohibida. El local estaba lleno de parejas jóvenes. Entre los comensales destacaban dos mujeres vestidas con unos kimonos que no dejaban lugar a dudas acerca de su profesión.

—¿Qué os apetece? ¿Comida occidental, tempura, anguilas o comida china? —les preguntó Yasuda.

—Comida occidental —respondieron ambas al unísono. Al parecer, estaban hartas de la comida tradicional del Koyuki.

Salieron del Levante los tres juntos y se dirigieron al barrio de Ginza. A aquella hora no había demasiada gente. Hacía buen tiempo, pero el viento era frío. Anduvieron dando un paseo hasta la esquina de la calle Owari, donde cruzaron hacia el gran centro comercial de Matsuzakaya. Las calles de Ginza parecían vacías en comparación con el ambiente que se había respirado

apenas hacía quince días, durante los festejos de Nochevieja.

«La cena de Navidad estuvo muy bien», comentaban dos mujeres justo detrás de ellos.

Yasuda subió las escaleras del restaurante Coq d'Or, que también estaba vacío.

—Pedid lo que os apetezca.

—Cualquier cosa nos parecerá bien.

Yaeko y Tomiko vacilaron un instante. Al final, abrieron la carta y empezaron a cuchichear entre ellas, sin saber qué plato elegir.

Yasuda consultó disimuladamente su reloj de pulsera. Yaeko lo vio de reojo y le preguntó:

—¿Tiene prisa, señor Ya?

—No, por ahora no, pero esta tarde tengo que ir a Kamakura —les explicó él, con las manos cruzadas encima de la mesa.

—Lo siento mucho. Tomiko, tenemos que escoger ya.

Al fin, las chicas se decidieron.

Pasó un buen rato desde que empezaron con la sopa hasta que terminaron de comer. Durante el almuerzo, estuvieron hablando de trivialidades. Yasuda parecía divertirse. Cuando les trajeron la fruta, volvió a comprobar la hora.

—Ahora sí que tiene que irse, ¿verdad?

—No, todavía es pronto —repuso él. Sin embargo, cuando les sirvieron los cafés volvió a torcer la muñeca para consultar el reloj.

—Es muy tarde, deberíamos irnos —dijo Yaeko, haciendo ademán de levantarse.

—Sí.

Yasuda fumaba con los ojos entrecerrados, como si estuviera reflexionando.

—Chicas, es una lástima que tengamos que despedirnos tan pronto. ¿Por qué no me acompañáis a la estación? —les pidió con una expresión ambigua, medio en serio, medio en broma.

Las muchachas intercambiaron una mirada. Ya llegaban tarde al trabajo. Si, encima, tenían que pasar por la estación, se retrasarían todavía más. A pesar de que Tatsuo Yasuda había hablado con naturalidad, su mirada era tan grave que las chicas acabaron creyendo que se sentía verdaderamente solo. Además, no podían negarle ese favor al hombre que las había invitado a almorzar.

—De acuerdo —aceptó Tomiko, que fue la primera en decidirse—. Llamaré al restaurante para avisar de que nos retrasaremos un poco —añadió y, a continuación, se dirigió a la esquina donde se encontraba el teléfono y regresó al poco rato con una sonrisa en los labios—. Ya está arreglado. ¿Vamos?

—Lo siento, chicas —se disculpó Yasuda mientras se levantaba. Una vez más, echó un vistazo al reloj. A ellas les llamó la atención que lo consultara tantas veces seguidas.

—¿A qué hora sale su tren?—inquirió Yaeko.

—Cogeré el de las 18:12 o el siguiente. Ahora son las cinco y media, así que llegaremos justo a tiempo —repuso Yoshida, mientras pagaba la cuenta con cierta impaciencia.

Llegaron a la estación en cinco minutos.

—Gracias por acompañarme —les dijo Yasuda dentro del taxi.

—De nada, señor Ya —dijo una de las chicas—, es un placer poder servirle. Gracias a usted por habernos invitado a almorzar.

—Sí, gracias a usted —añadió la otra.

Una vez en la estación, Yasuda compró su pasaje y les dio a las chicas sendos billetes para poder acceder al andén. El tren de la línea de Yokosuka, que pasaba por Kamakura, saldría del andén 13. El reloj digital indicaba que faltaba poco para las seis de la tarde.

—¡Menos mal! Todavía estoy a tiempo de coger el de las 18:12 —exclamó Yasuda, aliviado.

El tren aún no había llegado. Yasuda echó un vistazo a los andenes del este, de donde salían los trenes de larga distancia. Como los andenes 13 y 14 en ese momento estaban despejados, pudieron ver el tren estacionado en el andén 15.

—Ese es el tren rápido de Kyushu, con destino a Hakata. Lo llaman *Asakaze*, que significa «brisa matinal» —les explicó Yasuda a las jóvenes.

Los pasajeros y sus acompañantes entraban y salían del tren. Desde el lugar donde se encontraban, percibieron la excitación y el ajetreo de los viajeros que se despedían en el andén.

En ese preciso instante, Yasuda dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¡Mirad! ¿Esa no es Toki?

Las dos chicas se volvieron en la dirección que Yasuda les señalaba con el dedo.

—¡Es verdad, es Toki! —corroboró Yaeko, levantando la voz.

Toki se abrió paso entre la gente congregada en el andén 15. A juzgar por su ropa de viaje y por la maleta

que llevaba en la mano, no había duda de que se disponía a subir al tren.

—¡Es Toki! —gritó Tomiko, cuando al fin la descubrió entre el gentío.

Sin embargo, lo que más les sorprendió fue ver a Toki hablando con un hombre joven que estaba a su lado. Ninguna de las dos recordaba haberlo visto antes. Llevaba un abrigo negro y sujetaba una pequeña maleta en la mano. Mientras se dirigían hacia el último vagón, los dos jóvenes aparecían y desaparecían entre la multitud que abarrotaba el andén.

—¿Adónde irá? —preguntó Yaeko, conteniendo el aliento.

—¿Quién es el hombre que está con ella? —añadió Tomiko, con la voz ronca.

Toki siguió caminando junto a aquel hombre, que parecía su amante, sin sospechar que estaba siendo observada por tres pares de ojos intrigados. Finalmente, se detuvieron frente a uno de los vagones, comprobaron el número y subieron, el hombre primero, hasta desaparecer en el interior.

—¡Qué muchacha más misteriosa! No sabía que fuera de viaje a Kyushu con su amante —murmuró Yasuda, con una sonrisa burlona.

Las dos chicas estaban petrificadas, incapaces de borrar la mueca de perplejidad que se había dibujado en sus rostros. Mudas de asombro, no perdían de vista el vagón en el que había desaparecido Toki. Delante del tren, los pasajeros seguían yendo y viniendo en un flujo constante.

—¿Adónde irá? —logró articular Yaeko al fin—. No creo que haya subido al tren de larga distancia para ir a la ciudad más cercana.

—No sabía que Toki tuviera un amante —musitó Tomiko, bajando el tono de voz.

—Yo tampoco. No salgo de mi asombro.

Ambas hablaban en voz baja, como si acabaran de hacer un descubrimiento extraordinario.

En realidad, ninguna de las dos conocía a fondo la vida privada de Toki, puesto que ella no solía hablar de su intimidad. Nada indicaba que estuviera casada o que tuviera un amante, tampoco habían oído nunca rumores sobre sus amoríos. Algunas de las camareras del Koyuki eran más abiertas y solían hablar con sus compañeras para pedirles consejo y otras eran más reservadas. Toki pertenecía a las últimas, por eso a sus dos compañeras les había sorprendido tanto descubrir casualmente parte de los secretos que Toki intentaba ocultar con tanto celo.

—Iré al andén y me asomaré a la ventanilla para ver quién es su amante —dijo Yaeko, animada.

—No, déjalos en paz. No te metas en sus asuntos —intentó disuadirla Yasuda.

—¿Está celoso, señor Ya?

—¿Celoso, yo? ¡Pero si voy a visitar a mi esposa!  
—rio.

En ese momento llegó el tren de la línea de Yokosuka, que estacionó en la vía 13 y obstaculizó por completo la visión. Más adelante, se comprobó que el tren había entrado en la estación exactamente a las 18:01.

Yasuda subió al vagón agitando la mano para despedirse. Todavía faltaban once minutos para que partiera.

Una vez dentro, se asomó a la ventanilla.

—Gracias por acompañarme. Ya podéis iros, no quiero retrasaros aún más —les dijo.

—De acuerdo —respondió Yaeko, que ardía en deseos de ir corriendo al andén 15 y ver qué se traían entre manos Toki y su acompañante—. Hasta luego, señor Ya.

—Que tenga un buen viaje. Espero que volvamos a vernos pronto.

Las chicas se despidieron de Yasuda estrechándole la mano.

—Oye, Tomiko, ¿qué te parece si vamos a espiar a Toki? —propuso Yaeko mientras bajaban las escaleras.

—No deberíamos hacerlo —protestó Tomiko, aunque sin rechazar categóricamente la propuesta de su compañera. Así fue como las dos muchachas se dirigieron hacia la vía 15.

Se acercaron al vagón al que habían visto subir a su compañera y se asomaron a la ventanilla sorteando el gentío congregado en el andén. El interior del vagón estaba muy bien iluminado. Bajo aquel derroche de luz, enseguida vieron a Toki sentada al lado de su joven acompañante.

—¡Mira cómo habla! Parece contenta —dijo Yaeko.

—¡Qué guapo es! ¿Cuántos años tendrá? —se preguntó Tomiko, que parecía más interesada en el muchacho.

—Veintisiete o veintiocho. Tal vez veintinueve.

Yaeko se fijó en él.

—Entonces es un poco mayor que ella.

—¿Por qué no entramos y les damos una sorpresa?

—¡No digas bobadas, Yae! —la reprendió Tomiko.

Las chicas estuvieron un rato más espiando a la pareja.

—Es hora de irnos, se ha hecho tarde —dijo Tomiko

apremiando a su compañera, que seguía pegada a la ventanilla.

Lo primero que hicieron en cuanto regresaron al Koyuki fue contárselo todo a su jefa, que también se mostró sorprendida por las novedades.

—¡Vaya! ¿Lo decís en serio? Toki me pidió ayer unos días de vacaciones para ir al pueblo de sus padres, pero no me habló de ningún hombre —dijo, con los ojos como platos.

—Lo del pueblo debía de ser una excusa —aventuró una de las chicas—. Los padres de Toki viven en Akita, ¿verdad?

—¡Con lo reservada que es! Hay que ver cómo engañan las apariencias. A estas alturas, deben de estar dando un romántico paseo en los alrededores de Kioto.

Las tres mujeres intercambiaron una mirada.

La noche del día siguiente, Yasuda volvió al restaurante con otro de sus invitados. Fiel a su costumbre, acompañó al cliente a la puerta cuando terminaron de cenar y regresó al reservado.

—Veo que Toki ha librado esta noche —le comentó a Yaeko.

—No solo esta noche, tiene casi una semana de vacaciones —le informó la chica, levantando las cejas.

—¡Caramba! Estará de luna de miel —insinuó Yasuda después de beber un sorbo de su copa.

—No me extrañaría... Qué sorpresa, ¿verdad?

—Tampoco es tan sorprendente. Vosotras deberíais hacer lo mismo.

—¡Ni hablar! A menos que sea usted quien venga con nosotras.

—¿Yo? ¡No puedo acompañaros a todas a la vez!

Yasuda se fue, pero a la noche siguiente regresó de nuevo a tomar una copa con dos de sus clientes. En aquella ocasión también le sirvieron Tomiko y Yaeko y la conversación que mantuvieron con Yasuda volvió a girar en torno a Toki.

Pero los cadáveres de Toki y de su acompañante aparecieron en un lugar inesperado.